

quieren ser sus amigos é son buenos, tráctalos muy bien, é á los que quieren guerra, se la haçe hasta destruylos. Y quando tú veas lo que haçen los chripstianos en la guerra, ayudádotte contra tus enemigos, conosçerás é verás cómo Maycabalico te mintió en todo quanto te envió á decir». Atabaliba dixo:—«Un caçique no me ha querido obedesçer: mis indios yrán con vosotros é haçelle heys la guerra». Respondióle Hernando Piçarro:—«Para un caçique, por mucha gente que tenga, no es menester que vayan tus indios, sino diez chripstianos de caballo yrán é lo destruyrán que no le dexen indio vivo». Atabaliba se rió é le dixo que bebiesen: los capitanes dixerón que ayudaban, por excusarse de beber su brevaçe; é importunados é rogados por Atabaliba, lo ovieron de haçer.

Luego vinieron ante él mugeres hermosas, bien dispuestas, con vassos de oro medianos, de altor de un palmo, gruesos y el oro fino, en que traian chicha (ó vino) de mahiz; é cómo Atabaliba las vido, alçó los ojos á ellas, sin les decir palabra alguna, é fuéronse presto é volvieron con otros vassos de oro fino más grandes, de altura de un cobdo é pessados, é con ellos les dieron á beber. É como ovieron bebido, se despidieron de Atabaliba, quedando conçertado que otro dia por la mañana vernia á verse con el gobernador. Estaba su real de tiéncias de

algodon assentadas en el campo en una halda de una serreçuela pequeña, é tomaban las tiendas una legua de tierra de luengo, y enmedio de todas ellas estaba la de Atabaliba. La gente estaba toda de fuera de las tiendas en pié, é sus armas hincadas en el campo delante de las tiendas, que son unas lanças luengas como picas. La gente de su exército era mucha: todos hombres bien dispuestos, mançebos é resçios, y embixados é pintados de otros betumes, como se usa entre la gente de guerra de aquellas partes; é segund lo que estos capitanes decían, les paresçió que avia más de treynta mill hombres en el real de Atabaliba.

Oydo por el gobernador lo que sus capitanes le dixerón que con Atabaliba avian conçertado, é la manera de su campo é gente, mandólos yr á repossar; é proveyó que aquella noche se hiçiesse de buena guarda é oviesse mucho recabdo en el real. Y su capitan general, que era el mesmo Hernando Piçarro, su hermano, entendió luego en ello, é requirió á sus tiempos las rondas é velas, é con mucho aviso se hiço la guarda toda la noche, como convino en torno del real, assi de hombres de pié como de caballo, por sus quartos, hasta que esclareçió el siguiente dia, sábado diez é seys dias de noviembre, año de la natividad de nuestro Redemptor de mill é quinientos é treynta y dos años.

CAPITULO VII.

Cómo el grand príncipe Atabaliba vino á Caxamalca á se ver con el gobernador Francisco Piçarro; é cómo fué presso Atabaliba é mucha de su gente muerta é pressa, é fué desbaratado su grand exército; é de los mensajes é otras cosas que passaron aquel dia, é otras cosas permitidas á la verdadera historia.

El sábado siguiente, que era el dia asignado para verse Atabaliba con el gobernador Francisco Piçarro, como más largamente la historia lo ha dicho en el capítulo preçedente, bien de mañana vino

al gobernador un mensajero de Atabaliba, é le dixo assi:—«Mi señor Atabaliba te envia decir qué queda de partida aderesçándose para venirte á ver, é que quiere traer consigo su gente de guerra

armada, pues que tú enviaste ayer la tuya á verlo con sus armas, é diçe que le envíes un chripstiano con quien venga». El gobernador le respondió:—«Vuelve, é dile que venga enhorabuena como él quisiere: que de la manera qué viniere le resçebiré por amigo y hermano, é que no le envío chripstiano, porque no se usa entre nosotros enviallo un señor á otro».

Con esta respuesta se tornó luego aquel mensajero, el qual seria ya llegado al real de Atabaliba, quando las atalayas que sobre la fortaleça estaban, vieron salir dél mucha gente háçia Caxamalca. É desde á poco rato llegó otro mensajero ante el gobernador, é dixo que Atabaliba, su señor, le enviaba á decir que no queria traer su gente de guerra armada; porque aunque viniessen con su persona mucha gente, vernian sin armas, porque los queria traer consigo é apossentallos en este pueblo, é que le aderesçassen un aposento de los de aquella plaça donde él possasse, é que fuesse una casa que se llama de la *Sierpe*, porque tiene dentro una sierpe muy grande de piedra. El gobernador le respondió que assi se haria, que viniessen presto, que tenia mucho desseo de verlo; é assi volvió este mensajero.

Todavía salia mucha gente del real, y en poco proçesso de tiempo vieron venir el campo lleno de gente, reparándose á cada passo y esperando á otra que del real salia; é assi turó todo el dia el venir la gente por aquel camino hasta la tarde, que paresçia que toda la tierra cubrian; é venian repartidos en muchos esquadrones. Passados todos los malos passos, assentaron en aquel campo, çerca del real de los chripstianos, quassi una milla dél, é todavia salia é venia más gente del real contrario.

El gobernador mandó á los españoles que secretamente é sin alboroto se armassen é tuviessen sus caballos ensillados é á punto y estuviessen repartidos en tres

capitanias, sin que ninguno saliesse de su possada á la plaça: é mandó al capitan de la artilleria que tuviesse los tiros asettados háçia el campo de Atabaliba, é quando viesse que convenia que les pudiesse fuego. Y en las calles que entran en la plaça, mandó estar gente de pié, porque si oviesse çelada por las espaldas, estuviesse todo prevenido é hallassen resistencia en la entrada, é questos estuviessen secretos, sin que fuessen vistos. É con su persona tomó el gobernador veynte hombres de pié, é con ellos estuvo en su apossento, porque estos tuviessen cargo con él de prender la persona de Atabaliba, si cautelosamente viniessen, como paresçia que venia, con tanto número de gente como traia: é mandó que fuesse tomado á vida, é á todos los demás mandó que no saliesse alguno de su possada, aunque viessen entrar los contrarios en la plaça, hasta que viessen soltar la artilleria. É dixo qué ternia atalayas para que viendo que venian de mal arte, avisáran quando oviesse de salir, é saldrian todos de sus apossentos á caballo, quando oyessen decir *Sanctiago*. Con este conçierto qual es dicho estuvo el gobernador esperando que Atabaliba entrasse, sin que en la plaça paresçiesse español alguno, salvo el atalaya que estaba dando aviso de lo que via en la bueste é campo de Atabaliba; y el gobernador é su capitan general, su hermano, Hernando Piçarro, andaban requiriendo los apossentos de los chripstianos é viendo cómo estaban aperçebidos é á punto para salir, quando fuesse menester, como hombres determinados de morir ó vençer: é decíanles á todos que hiçiesse de sus coraçones fortaleças, pues vian que no tenian otras ni otro socorro ni ayuda sino la de Dios, que socorre en las mayores nesçessidades á los que andan en su serviçio. É acordábanles que aunque la moltitud de los enemigos era tanta, como vian, é que pa-

ra un chripstiano avia quinientos infieles, que tuviessen esfuerço é ánimo como cathólicos é como los buenos en tales tiempos lo han de tener, é que Dios pelearia por ellos; é que mirassen que al tiempo de acometer, fuessen con mucha furia é no menos tiento, rompiendo, sin que los de á caballo se encontrassen unos con otros. Con tales palabras é otras á este propóssito el gobernador é su hermano Hernando Piçarro exhortaban é animaban á los españoles para que perdiessen el temor á tan grand exército, como en el campo pareçia; mas todos los españoles estaban con más voluntad de salir de las possadas é verse ya en el campo revueltos con los enemigos, que no atendiendo en ellas la liçençia para pelear. É cada uno pensaba en su ánimo que pelearia por muchos, porque todos los más eran hombres diestros é veteranos y experimentados soldados con indios, é la cantidad de los adversarios no los espantaba: antes pensaban que quantos más fuessen, tanto más segura estaba la ganancia.

Viendo el gobernador quel sol se queria poner é Atabaliba no se avia movido de donde avia reparado, é que todavia venia gente de su real, envióle á decir con un español que entrasse en la plaça é viniesse á velle antes que fuesse noche. É cómo llegó delante de Atabaliba por entre su gente, le hiço su acatamiento, é por señas le dixo que caminasse é fuesse donde el gobernador estaba: é luego se levantó é començó él é su gente á andar, y el español volvió delante é dixo al gobernador que ya venia, é que la gente que en la delantera venian, traian armas secretas debaxo de las camisetas, vestidos jubones fuertes de algodón, é talegas escondidas de piedras, é hondas, é que le pareçia que no venian de buena intencion. Luego la delantera de la gente començó á entrar en la plaça, é venia delante un esquadron de indios vestidos de

una librea de colores, hecha como escuques: estos venian quitando las pajas del suelo é barriendo é limpiando el camino, é poniendo en él mantas. Trás estos venian otros tres esquadrones vestidos de otra manera, todos cantando é baylando; é luego venian otros esquadrones de mucha gente con armaduras é patenas é coronas de oro é plata. Entre estas armaduras venia Atabaliba en una litera, toda aforrada de dentro é de fuera de plumas de papagayos de muchas colores, tan bien assentada la pluma, que pareçia que allí avia nascido, é guarnesçida toda la litera de chapas de oro é plata: la qual traian muchos indios alta sobre los hombros, que desde léxos pareçia enmedio de su gente un castillo de oro muy relumbrante. Trás aquesta litera venian otras dos literas é dos hamacas, en que venian otras personas prinçipales: é trás estas literas mucha gente, toda puesta en concierto é por sus esquadras, con coronas de oro é plata en las cabeças; é cómo la delantera ovo entrado en la plaça, apartábanse é dábanse lugar á que entrassen los otros. É cómo Atabaliba llegó á la mitad de la plaça, mandó que todos parassen y estuviessen quedos, é todavia la litera en quel estaba é las otras en alto, sin assentallas en el suelo, é no dexaba de entrar mucha gente en la plaça toda quanta cupo. Por la puerta de los de la delantera salió un capitan de entrellos con çiertos hombres, é subió en la fuerça de la plaça donde estaba el artilleria, é vuelta la cara háçia la gente del campo por donde su exército venia, alçó dos vezes una lança larga que traia á manera de señal que háçia á los suyos. El gobernador via todo esto desde su aposento.

Visto que Atabaliba avia reparado, dixo á un reverendo padre de la Orden de los Predicadores, llamado fray Viçente de Valverde, que con él estaba, é Sus Magestades le avian mandado yr á aquella tierra, para

la conversion de los indios, que si queria yr á hablarle con una lengua, y él dixo que sí, é fué con una cruz en la una mano y en la otra una Biblia de la Sagrada Escritura, y entró por entre la gente de Atabaliba hasta llegar á la litera, donde estaba, é dixole por la lengua:— «Yo soy siervo de Dios y enseño á los chripstianos las cosas de Dios, é assimesmo vengo á enseñar á vosotros; y lo que les enseño es lo que Dios nos habló, que está en este libro. Y por tanto de parte de Dios é los chripstianos te ruego que seas su amigo, porque assi lo quiere Dios, é venirse ha bien delles, é vete á assentar con el gobernador, porque te está esperando.» Dixo Atabaliba al religioso que le diesse el libro para velle: el religioso se lo dió çerrado; é queriéndolo abrir el Atabaliba é no açertando, el religioso estendió el brazo para se lo abrir, y el Atabaliba con grand desden le dió un golpe en el brazo, apartándosele, que no queria que le abriese: é porfiando á abrille, le abrió, é no maravillándose de las letras ni del papel, como otros indios suelen haçer, le arrojó luego cinco ó seys passos de sí; y entendidas por Atabaliba las palabras del religioso, respondió:— «Bien sé todo lo que aveys hecho por esse camino: que aveys rancheado mis pueblos é tomado la ropa á mis caçiques é cómo los aveys tractado, é aqui aveys saqueado mis buhios é tomado la ropa, que en ellos tenia.» El religioso le dixo:— «Los chripstianos no han hecho nada: que unos indios suyos ayer fueron á unos buhios é truxeron ropa, sin quel gobernador lo supiesse, é toda la mandó volver esta mañana á un prinçipal tuyo.» Atabaliba replicó:— «No partiré de aqui hasta que todo me lo traygan delante.» Y el religioso se volvió al gobernador á le dar la respuesta é decir lo que dicho: é Atabaliba se puso de pié en sus andas, volviéndose á una parte é á otra háçia los suyos, é los habló con soberbia,

que pareció que los aperçebia y esforçaba.

El religioso dixo al gobernador lo que con Atabaliba avia passado é la mucha soberbia, con que avia echado la Sagrada Escritura por el suelo, é que le pareçia que venia de mal arte. El gobernador se armó luego un sayo de armas de algodón, é tomó su espada é una daga, é fué con los españoles que con él estaban, y entró por entre toda la gente de Atabaliba con mucho ánimo, é llegó hasta la litera con solos quatro hombres que le pudieron seguir, é sin ningun temor le echó mano del brazo é dixo: *Santiago!* Y en este instante soltaron los tiros de pólvora, é tocaron las trompetas, é salieron la gente de pié é de caballo de golpe. É cómo los indios vieron el tropel de los caballos é animales no vistos ni conosciados, de cuya ferocidad é mañas avian oydo muchas cosas, é oyeron los tiros é olieron la pólvora, cosa tan nueva é improvisa é no esperada ni pensada (antes se les figuró que era de aquellos mesmos truenos é saetas que los antiguos atribuian á Júpiter é los naturales á aquello que es), volvieron las espaldas muchos de los que en la plaça estaban, é fué tanta la furia con que huyeron é fuerça que pusieron en un lienço de la çerca de la plaça (porque la puerta estaba embaçada de los otros que la tenian ocupada á huyr por ella, é por ser tantos no podian darse lugar) que dieron con un lienço de aquel muro en tierra, é cayeron allí los unos sobre los otros; é los de caballo salieron por ençima dellos á rienda suelta, hiriendo é matando quantos topaban delante, é siguieron el alcance. La gente de pié se dió tan buena maña é priessa con los que en la plaça quedaron, que en breve espacio la mayor parte dellos fueron muertos. El gobernador, que todavia tenia del brazo á Atabaliba, no lo podia sacar de las andas, como estaba en alto, é los españoles continuando la